En la muerte de Luis Arias Argüelles-Meres

El último noventayochista

CRISTIAN VELASCO
Editor

... cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando...
Jorge Manrique

Luis Arias Argüelles-Meres y yo no éramos amigos de toda la vida. No tuve esa fortuna, pero sí gocé primero del placer de leerlo y después, de frecuentar su trato, a raíz de la publicación de 'Testigo de un tiempo', su última obra, que tuvimos el honor de editar a finales de 2019.

Si en la literatura de Arias descubrí a un novelista verosímil y fecundo, a un columnista crítico y sin mordaza y a un ensayista culto y honesto, en los encuentros y conversaciones que precedieron a la salida del libro, me encontré con un Luis de distancia corta, de café y Mallorquina, de erudición desbordante sin caer —ni siquiera aproximarse— en la presunción o en la pedantería. Sí presumía, por el contrario, de sus orígenes, de su tierra salense y de su Llaniu del alma, y, por supuesto, de su familia de ahora y de su familia de antes, en la que su padre, el escritor y pedagogo Antón de la Braña, ocupaba un lugar preeminente.

He de confesar, por otro lado, que su capacidad de trabajo me resultaba asombrosa. Lector y escritor infatigable, mantuvo su actividad —y su compromiso, otra de sus divisas— hasta los últimos días, como evidencia el artículo que el pasado 12 de enero publicó en este medio en torno al lamentable episodio capitolino vivido en Washington unos días antes.

Sus presentaciones y conferencias suponían auténticas clases magistrales sobre los temas que lo apasionaban: la política, la literatura, el arte, la filosofía y, cómo no, su proverbial republicanismo, del que no claudicó en ningún momento. Todo ello, sin buscar aplausos o focos que lo iluminaran; él fue, como buen profesor y noventayochista, el intelectual que alumbró con su magisterio el recorrido de no pocos discípulos y lectores. Ariete contra el pensamiento único y monolítico, le ofendía sobremanera tanto la mediocridad política como los tenores huecos de la crítica literaria, con sus reseñas plagadas de «historias trepidantes que atrapan al lector en una trama de la que no puede escapar».

Don Luis Arias, por Llaniu llegaste y por Llaniu te nos fuiste con la elegancia y caballerosidad que te caracterizaba, sin aspavientos, sin dramatismos, sin que por esa margen del Narcea se oyera más ruido que el del discurrir del río, crecido y orgulloso de tenerte entre los suyos, como nosotros lo estamos de que estés, siempre, entre los nuestros.